

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Después de la derrota. Experiencias de la inmediata posguerra de Malvinas.

Rodríguez, Andrea Belén.

Cita:

Rodríguez, Andrea Belén (2009). *Después de la derrota. Experiencias de la inmediata posguerra de Malvinas. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1164>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehyf/3x0>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Después de la derrota. Experiencias de la inmediata posguerra de Malvinas¹

Andrea Belén Rodríguez

El 2 de abril de 1982 tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas, lo que provocó el estallido del único conflicto internacional protagonizado por nuestro país en el siglo XX. 74 días después, luego de arduas jornadas y cruentas batallas, se firmó la rendición y las tropas argentinas pasaron a ser prisioneras y a la misma vez testigos de la derrota. Entre los prisioneros, se encontraban los alrededor de 250 integrantes del Apostadero Naval Malvinas², una unidad logística de la Armada que había sido creada específicamente para la guerra el día del desembarco y que sólo existió durante el conflicto.

El presente artículo pretende reconstruir y analizar las experiencias de los integrantes del Apostadero Naval desde el 14 de junio, cuando se acordó el cese del fuego, hasta el regreso a sus destinos militares una semana después. Específicamente, se busca indagar: ¿Cómo vivieron la firma de la rendición quienes habían estado luchando, cumpliendo diversas tareas y arriesgando la vida, por la recuperación del ansiado territorio por más de dos meses? ¿Cuáles fueron sus reacciones y sensaciones? ¿Cómo vivieron la condición de prisioneros de guerra? ¿Cómo enfrentaron la espera interminable hasta su regreso al continente? ¿Cuáles fueron las formas del regreso? ¿Cómo fueron recibidos los sobrevivientes en sus destinos militares? ¿Cuáles fueron las estrategias que desplegaron las FFAA para silenciar las experiencias de estos actores, testigos del accionar militar y de la derrota?

Por ende, el trabajo se centra en el análisis de las experiencias individuales y de las subjetividades –sin descuidar por ello la mirada de conjunto-, lo que permite complejizar, enriquecer y, también, poner en cuestión el relato tradicional del conflicto bélico,

¹ El presente trabajo forma parte de mi tesina de Licenciatura en Historia que se denomina “Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur”. La misma fue defendida el 15 de diciembre de 2008 en la Universidad Nacional del Sur.

² El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad creada durante la guerra con el objetivo de organizar las instalaciones portuarias de las islas. La misma estaba emplazada en Puerto Argentino y en un principio estuvo conformada por 20 miembros, pero luego se vio reforzada con la llegada de nuevos efectivos hasta un número aproximado de 250. Entre sus miembros se encontraban civiles y militares, conscriptos, suboficiales y oficiales, profesionales y militares de carrera. Sus integrantes se dedicaban principalmente a estibar la carga de los buques que llegaban a las islas y realizar guardias en el pueblo, aunque también muchos de ellos se encargaron de otras tareas, como el transporte de mercadería al frente de batalla, la distribución y el racionamiento logístico, el minado de la península, e incluso un grupo fue destinado al frente de batalla en la península Camber.

distanciándose de la historia militar, que tiende a desdibujar las individualidades en aras de un relato colectivo y uniforme (Hynes, 1999).

El análisis de las experiencias y memorias de la guerra de Malvinas es aún hoy una cuenta pendiente en la historiografía nacional. En el presente existen muy pocas investigaciones realizadas desde las nuevas perspectivas historiográficas—como la Nueva Historia Cultural y los estudios de la memoria— que tengan ese objeto de estudio³, lo que resulta aún más llamativo en un contexto en que los estudios sobre la dictadura y los '70 basados en las voces de las víctimas de la represión y en el análisis de sus experiencias se han expandido notablemente (Lorenz, 2007). En este sentido, el presente trabajo intenta comenzar a suplir esa ausencia.

Para ello se utilizan fuentes de diverso tipo, tanto orales como escritas. En cuanto a las primeras, las mismas consisten en entrevistas a miembros de la unidad, que dan cuenta de un colectivo heterogéneo que incluye a civiles y militares, oficiales, suboficiales, conscriptos, militares de carrera y profesionales⁴. En cuanto a las segundas, se tienen en cuenta aquellas que provienen de los archivos personales de los entrevistados; memorias publicadas de protagonistas pertenecientes a esta unidad o a otras unidades y fuerzas que interactuaron con ella; y, por último, algunos documentos oficiales, como los informes generales de la guerra.

La rendición

En la mañana del 14 de junio el gobernador y comandante militar de las islas Mario Benjamín Menéndez, acordó el cese del fuego, luego de los duros combates de las últimas noches⁵, y recién en horas de la tarde se pactaron las condiciones de la rendición. Rápidamente la noticia del cese del fuego se propagó a todas las tropas asentadas en las islas. El silencio fue el primer mensajero de la derrota, del fin de la guerra:

³ Desde esas perspectivas historiográficas los únicos trabajos que aparecieron al momento son los de Rosana Guber (2001, 2004) y Federico Lorenz (2006). Esta escasez es aún más evidente si se la contrasta con la cantidad de publicaciones referentes a la guerra que hay desde la historiografía militar, las relaciones internacionales o el género testimonial.

⁴ El trabajo consta de 17 entrevistas a miembros del Apostadero: 5 conscriptos (1 voluntario), 7 cabos (1 voluntario), 5 oficiales (2 profesionales: 1 bioquímico y 1 doctor). De ellos, 7 fueron miembros del grupo que fundó la unidad el 2 de abril y el resto fue llegando en diversas tandas durante ese mes.

⁵ Las principales batallas de la guerra de Malvinas tuvieron lugar en los montes circundantes a Puerto Argentino: el 11 y 12 de junio en los montes Longdon, Two Sisters y Harriet, y el 13 y 14 de junio en los montes Wireless Ridge, Tumbledown y Williams. Para ampliar sobre las batallas de la guerra de Malvinas, hay gran cantidad de bibliografía para consultar. Entre muchos otros, ver: Balza (2003); Jofre y Aguiar (1987); Moro (1985); Robacio y Hernández (1996); *Informe Rattenbach*, (2000).

A las 10 de la mañana cuando se hizo la rendición, y ahí escuché el silencio [...]. Después de estar tanto tiempo, mañana, tarde y noche, bombardeo, artillería naval, artillería de tierra, avión, ruido, alarmas, tiros, ta ta ta. De golpe se paró todo. Silencio absoluto, escuchás el silencio, ahí te das cuenta de la diferencia. (Roberto Coccia (RC), 04/08/2007)

La confusión y el caos que se produjo al expandirse la noticia se hizo presente en la capital de las islas, y también en el Apostadero Naval, donde el rumor se difundió con rapidez. Inmediatamente después del cese del fuego, comenzaron a aparecer tropas inglesas en la localidad, sin que todavía se hubiera anunciado la rendición, lo que generó un clima de confusión y también de tensión, como recuerda el cabo⁶ Ramón Romero:

El 14 de junio que había un cese del fuego para negociar, que tampoco nos dijeron que era la rendición, a nosotros nos dijeron que había un alto en el fuego porque iban a venir ingleses a negociar, no nos dijeron que nos habíamos rendido. Yo digo que nunca me rendí, que fue un alto el fuego y después aparecieron los ingleses dentro del pueblo. (Ramón Romero (RR), 22/06/2007)

La noticia de la rendición impactó de diferente forma en los miembros del Apostadero, que habían vivido las últimas horas atrincherados en el pueblo a la espera del combate en un clima de gran tensión e incertidumbre (Rodríguez, 2008). En algunos casos, la sensación que la decisión estaba fuera de sus manos hacía desviar la mirada del pasado para fijarla inmediatamente en el futuro: la rapidez con que se producían los acontecimientos en la guerra fagocitaba la reflexión, había que seguir adelante, automáticamente, casi sin pensarlo:

[La rendición la tomé] como “parte de”, como que es algo que no estaba en mis manos. [...] No sé cuál es la sensación, no tengo una respuesta para darte. [...] En ese momento era toda una rueda que iba dando vuelta, una rueda de hámster, nada más que vos no estás corriendo, pero estás dando vueltas... Pensás, pero es como que tenés la atención diversificada en distintas cosas, la primera es: cómo sigue esto. (Ricardo Pérez (RP), 26/11/2007).

Pero esa no fue la reacción principal. Algunos percibieron la rendición como un desenlace lógico ante la desigualdad de los contendientes y la evolución de los acontecimientos. Desde la perspectiva del cabo Abel Mejías, la firma de la rendición se presentaba como el único camino sensato a seguir para evitar más sacrificios inútiles, sufrimientos y muertes: “La tristeza por el tipo de cambio que se produce, no es cierto, después de la derrota de una guerra, la rendición [...]. Nosotros decíamos ‘¿para qué vamos

⁶ Los rangos militares que se mencionan datan de la época del conflicto.

a seguir luchando? Sino hay consentimiento... morir por morir ¿para qué?.” (Abel Mejías (AM), 17/11/2007).

En el Hospital, donde los costos humanos de la guerra estaban palpablemente presentes, el término del conflicto se vivió prácticamente como una fiesta, como recuerda el doctor del Apostadero Guillermo Klein:

Ahí le descubrimos en el placard [...] un montón de comida, de chocolates, hasta una botella de *whisky* tenía. Así que cuando se la descubrimos se la manoteamos y brindamos, nos chupamos unos *whiskys*, así del piquito nomás, medio para brindar el terminado de la guerra. [...] Ya te digo, a los últimos días era un alivio. (Guillermo Klein (GK), 03/09/2007)

El alivio fue indudablemente una de las reacciones principales en la mayoría de las tropas argentinas. Pero ese alivio, en muchos casos, no estuvo exento del dolor y la frustración por la derrota. La nueva pérdida de las islas, el incumplimiento del objetivo planteado, condujo a muchos protagonistas a cuestionarse el por qué de todo el sacrificio y esfuerzo realizado, a no encontrar el sentido de tantas muertes, lo que provocó una fuerte desmoralización:

A eso de las 8 de la mañana nos rendimos. Una angustia me agarró, me agarró una mal cosa, “no – dice– vamos, vamos, soldado, vamos” dice. Y quedé así como *shockeado* quedé en ese momento, no lo podía creer [...], me quedé como angustiado en ese momento. “Tanto –digo– tanto sacrificio y tantas cosas que han pasado en estos dos meses y pico –digo– para terminar así”. (José Bustamante (JB), 06/09/2007)

En otros casos, la angustia, bronca e impotencia por una decisión que consideraban errónea ganó la partida. Para el conscripto Claudio Guida la rendición era una decisión incomprensible cuando todavía había armas y municiones por usar y combatientes dispuestos a dar su vida por ese territorio perdido en el Océano Atlántico. Ahora que había ingresado en la lógica de la guerra y la destrucción quería seguir luchando. Pero, al mismo tiempo, se preguntaba seguir para qué, con qué fin. Una miríada de contradicciones atormentó desde el final del conflicto hasta mucho tiempo después a Claudio, que al mismo tiempo que quería seguir luchando, se preguntaba por el sentido de hacerlo:

Yo, por ejemplo, yo tenía ganas de seguir, habiéndome encantado la rendición que era la salvación para todos, no se muere más nadie, “yo zafé, esto por ahí se acabó y si tiene buen final yo vuelvo a mi casa”. Yo tenía varias contradicciones, primero ese hambre que tenía, de que quería seguir, segundo “yo zafé” [...]. Entonces a mí se me cruzaban un montón de esas cosas, se me cruzaba el dar la vida por qué, se me cruzaba el de seguir hasta qué. [...] Yo tenía todo ese despelote en la cabeza, y después decía “pero si vos... ¿cómo te animaste a ser tan sanguinario, a ir para adelante, a no importarme si

tenía que avanzar, no tenían ningún problema, si vos no mataste un pajarito nunca? (Claudio Guida (CG), 29/11/2007)

Estas reacciones se dieron en el contexto de confusión y caos que siguió a la rendición. En un principio había que esperar el final del repliegue de las tropas argentinas que se fueron asentando en distintos lugares de Puerto Argentino; en realidad se fueron ubicando allí donde encontraban un espacio libre. La localidad se transformó en un mar de personas que vagaban por sus calles sin rumbo. Nadie sabía exactamente cuál era el próximo paso a dar.

En paralelo al repliegue argentino comenzaron a llegar tropas inglesas a la localidad, adueñándose de los lugares que por dos meses y medio habían pertenecido a las tropas argentinas. Observar la apropiación de esos espacios que habían sido sus hogares, y particularmente, observar la apropiación de los lugares simbólicos que indicaban la soberanía de las islas, marcaron profundamente la memoria de muchos de los entrevistados: “Ves cuando bajaron la bandera argentina y subieron la inglesa de vuelta, era una impotencia y una amargura.” (RR, 22/06/2007)

La llegada de soldados ingleses a la localidad, que comenzaron a desperdigarse por las calles de Puerto Argentino al principio un tanto desorganizadamente, provocaron fuertes fricciones con los miles de soldados argentinos que se habían replegado en la localidad luego de combatir en arduas batallas y de ver morir a compañeros; soldados que todavía estaban armados y con un fuerte sabor amargo en la boca por la derrota, por tanto esfuerzo en vano. La localidad se convirtió en un verdadero “polvorín” a punto de estallar:

Ahí vi cosas especiales, cosas como que [...] los colimbas que eran correntinos, que también estaban en el puerto con nosotros, los tipos no querían... O sea estábamos armados [...], comandos ingleses pasaban por entre las ruinas nuestras, revisando qué había de este lado, gente, boinas coloradas, paracaidistas. Armados ellos, armados nosotros. Un polvorín, cosa que los tipos en inglés les gritaban a los soldados nuestros y a los oficiales nuestros cuando los ubicaban “que metan a la gente armada adentro de los galpones del puerto”, cuando los tipos gritaban, los correntinos estos de Ejército que venían del frente se daban vuelta y les decía “¿qué me gritás gringo?!”. Y los puteaban en correntino, en paraguayo, no sé qué mierda, en guaraní, y no se comían ninguna, y los tipos se iban discutiendo y se daban vueltas y los correntinos los apuntaban a los oficiales nuestros, les levantaban las armas. Ahí en Puerto Argentino, lo vi adelante mío, jodido. (CG, 29/11/2007).

La rendición también provocó el cuestionamiento de las jerarquías militares: ahora que todos habían pasado por la experiencia de guerra por igual, no había jerarquías que

valieran. Así, en muchos casos, la autoridad y la legitimidad de la escala militar se vieron corroídas.

La confusión que siguió a la rendición continuó los siguientes días hasta que las tropas inglesas efectivamente tomaron el control de la situación y comenzaron a organizar la evacuación de los miles de prisioneros argentinos. Hasta tanto eso no sucedió, las tropas argentinas estuvieron en una situación un tanto contradictoria: eran prisioneras armadas. Eran prisioneras de guerra porque la localidad ya estaba en manos inglesas: la firma de la rendición no dejaba lugar a dudas sobre quién era el vencedor, y en contrapartida, las tropas argentinas no podían moverse libremente y pasaban a ser prisioneras de hecho. Pero igualmente seguían armadas, y de hecho lo estuvieron hasta el 16 de junio, que fue recién cuando tuvieron que entregar las armas.

Durante esos dos días, del 14 al 16 de junio, las tropas continuaron en la localidad, asentándose en diversos galpones de la misma. Los integrantes del Apostadero pasaron los días encerrados en uno de los galpones del puerto ya que por el toque de queda no podían moverse libremente: se trataba de cientos de personas recluidas bajo un mismo techo, preguntándose qué sería de sus vidas ahora que la rendición ya estaba firmada:

A todo esto, estando prisionero, la incertidumbre, era “¿cómo nos vamos de acá? Nos van a tener, ¿cuánto? ¿40 días, acá encerrados, como los rehenes de Irán?”[...]. “O sea, ¿nos van a entregar? ¿qué va a pasar? ¿Nos vamos con la ONU de acá? ¿Quién nos saca de acá? Somos prisioneros de guerra.” No era joda. (CG, 29/11/2007)

Finalmente, el 16 de junio, tras una larga caminata y luego de pasar por un puesto de control, llegaron al aeropuerto, el lugar ideal como punto de concentración de tropas ya que “como el aeropuerto estaba en un rincón, así como en un depósito, entonces ¿adónde íbamos a ir? Al mar, si queríamos escaparnos. Entonces ellos dominaban la entrada al aeropuerto y dominaban todo.” (JB, 06/09/2007)

Miles de soldados vagando entre las ruinas de lo que había sido la base aérea, lo poco que había sobrevivido a los bombardeos, buscando refugio en alguna de las instalaciones que todavía quedaban o inventado nuevas formas para protegerse del frío y la nieve, era una visión bastante desoladora y poco auspiciosa. Las imágenes que los entrevistados utilizan para describir el estado en que se encontraba el aeropuerto son suficientemente elocuentes: “villa miseria” (CG, 29/11/2007), “campamento de refugiados en África” (AM, 17/11/2007), “campo de concentración de judíos” (Sergio Fernández, 21/12/2007).

Un espacio repleto de tropas argentinas, anárquicamente localizadas, con recursos insuficientes, donde el “vigilador” estaba físicamente ausente: ellos se sabían prisioneros, sabían que de allí no podían moverse, pero a sus “carceleros” ingleses prácticamente no los veían. Sólo alguna vez durante el día, cuando patrullaban por el aeropuerto controlando a los efectivos argentinos. Por esta razón es que los miembros del Apostadero afirman que prácticamente no los vieron, no tuvieron contacto con los ingleses.

Si bien la mayoría de los entrevistados indican que el poco trato que recibieron de los ingleses fue respetuoso, eso no significa que les proveyeran de todo el apoyo logístico que necesitaban. Al contrario, una vez que llegaron al aeropuerto, las fuerzas inglesas se desentendieron de las condiciones de sus prisioneros: la organización sólo implicó la elección de un lugar donde se concentraran los mismos, después –recurriendo a una expresión repetida por los entrevistados– fue “arregláte como puedas”. Ni comida, ni agua, ni carpas para resguardarse del frío, fue provista por los ingleses.

Los miembros del Apostadero, que habían realizado toda esta travesía juntos, previendo las dificultades que se les podrían llegar a presentar, llevaron algo de comida, agua y las cocinas de campaña para organizar aunque fuera mínimamente el “rancho caliente”. Si muchas fueron las dificultades que enfrentaron, sin dudas el problema más acuciante fue la falta de agua: “Sacábamos el agua de los pozos de las bombas, sacamos agua con el casco. [...] Pero era agua marrón, Roberto [Coccia] le tiraba la pastilla de cloro, le tiraba dentro, y el cocinero le metía y cocinaba. Comíamos unos guisos, por lo menos teníamos algo.” (RR, 22/06/2007)

Resguardarse del frío, la lluvia y la nieve fue otro de los grandes dilemas a los que tuvieron que enfrentarse. Encontrar un lugar techado en las instalaciones del aeropuerto era prácticamente una misión imposible, ya fuera porque muchas de las instalaciones estaban destruidas o porque las tropas que habían llegado al aeropuerto antes que ellos ya habían ocupado las pocas edificaciones sobrevivientes. Ante esa dificultad, algunos oficiales encontraron una rápida solución, refugiándose en las contadas carpas que habían llevado. Pero: ¿Qué hicieron los conscriptos y suboficiales que no tenían carpas? Recurrieron al ingenio e inventaron una solución:

Lo primero que hicimos, encontramos una pista de aterrizaje de aluminio [...] y habían hecho una pista de aterrizaje de aluminio, con planchas de aluminio como si fueran maderas de machimbre [...]. Entonces desarmamos esa pista y encastramos dos planchas, y lo hicimos más o menos a esta altura, hicimos un rectángulo, y con otras planchas las pusimos de techo. Y nos metimos ahí adentro, ahí nos

refugia... ahí hicimos una covacha, un refugio, y ahí estuvimos los tres días que estuvimos en el aeropuerto de prisionero. (RR, 22/06/2007)

Ahora bien, las desinteligencias y práctica ausencia de la coordinación conjunta que atravesó toda la guerra (Cf. *Informe Rattenbach*, 2000; Mayorga y Errecaborde, 1998), también se vivieron en el aeropuerto ya que las mayores o menores comodidades que disponían los soldados dependieron de la fuerza a la que pertenecían. Aquellas que tenían menor cantidad de integrantes, como la Armada y Fuerza Aérea, disfrutaron de mayores facilidades, al contrario de las que trasladaron mayor cantidad de efectivos al teatro de operaciones, como Ejército, ya que el apoyo logístico siguió dependiendo de cada fuerza – como durante la guerra-, ante la inexistencia del aprovisionamiento inglés. Al respecto, explica Roberto:

Fuerza Aérea tenían sus carpas, porque Fuerza Aérea siempre estuvo en el aeropuerto, tenían unas carpas gigantescas, tenía de todo, tenían una instalación. Este... Infantería de Marina armó sus cosas porque infantería era muy ordenada, y Ejército a la deriva [...]. Por un lado los oficiales, por otro lado los suboficiales, y los conscriptos ‘arréglense como puedan’. (RC, 04/08/2007)

Ahora bien, si las fuerzas inglesas no proveían a los prisioneros argentinos de los recursos mínimos para satisfacer las necesidades básicas, existía una institución encargada de controlar y hacer cumplir lo establecido en la Convención de Ginebra: la Cruz Roja Internacional. Efectivamente miembros de la entidad recorrieron el aeropuerto, pero fueron completamente indiferentes a los reclamos de los prisioneros por las carencias que sufrían, como se indica en la Revista *Desembarco*:

Expresaron los representantes de la Cruz Roja que los argentinos no tenían status de prisioneros de guerra, por lo que no los amparaba la Convención de Ginebra. Los reclamos se centraban en la situación de los miles de prisioneros expuestos al intenso frío, sin abrigo ni agua, pero se mostraron totalmente insensibles, repitiendo una y otra vez la postura británica de exigir el cese del fuego argentino retirándose finalmente sin hacer nada. (*Desembarco*, 1995: 14)

Finalmente, cuando ya comenzaba a volverse acuciante la carencia de víveres y demás recursos logísticos, el personal del Apostadero logró evacuarse en los helicópteros argentinos que fueron al aeropuerto a buscar enfermos y heridos, utilizando un sencillo truco:

Volvimos escapados porque la idea era que venía el helicóptero y se llevaba a los heridos o enfermos, entonces no, había que sacar a los nuestros también. Yo digo “de acá tenemos que sacarlos”, ¿entonces cómo? “pibe, vení vendáte, vos ponéle la venda, llévenlo de a dos arrastrando, vayan, andá rengueando

que no podés caminar, tapáte la cabeza con una venda, lo que sea” pero había que salir. (RC, 04/08/2007)

La gran mayoría de los miembros del Apostadero regresaron al continente en buques propios –los buques hospitales Bahía Paraíso o Almirante Irizar– y no como prisioneros ingleses, un pequeño triunfo grupal dentro de la derrota, al igual que otras unidades de Marina, como el Batallón de Infantería de Marina N°5 (Cf. Robacio y Hernández, 1996). Pero la mayoría de las unidades que habían sido trasladadas a las islas no tenían el invaluable contacto que les permitía retornar en buques propios a casa. Por el contrario, la gran mayoría de las tropas argentinas regresaron como prisioneros en los buques ingleses Canberra y Norland los días 20 y 21 de junio, y entre ellos también viajaron algunos integrantes del Apostadero que habían permanecido en la localidad cumpliendo distintas funciones.⁷

Unos en buques propios, otros como prisioneros de guerra en buques ingleses, comenzaron el regreso: el hogar y la familia estaban cada vez más cerca, pero previamente debían comenzar a enfrentar otra batalla, de cariz muy diferente a la del 2 de abril.

Regresos

Los primeros que se embarcaron en el buque hospital Bahía Paraíso, los heridos y enfermos, fueron rápidamente atendidos en la enfermería. El resto de los integrantes del Apostadero, inmediatamente después de embarcarse, tuvieron la posibilidad de hacer una tarea que hacía mucho tiempo que no realizaban: asearse. Durante la guerra, bañarse había sido prácticamente imposible: la escasez de agua sumada a la falta de espacios y tiempo para tan imprescindible tarea la volvieron muy difícil. Ahora tenían la posibilidad de asearse, lo que trajo consigo el enfrentamiento al propio cuerpo que había estado oculto bajo varias capas de ropa durante el transcurso del conflicto. Ahora el cuerpo mostraba las marcas de su paso por la guerra:

Yo bajé 12 kilos, no es cierto, pero no era por no comer, era por nuestro estado de ánimo. Que no me daba cuenta, yo creía que el cinto se me aflojaba, no es cierto, y como vos te ibas poniendo cada vez más ropa, [...] entonces vos parecías que nunca adelgazabas, porque siempre estabas inflado, como no te bañabas... Yo estuve casi como 50 días sin bañarme, no te bañabas, no te desvestías. (Daniel Blanco (DB), 26/12/2007)

⁷ Es relevante destacar que la gran mayoría de los oficiales superiores de las tres armas -entre quienes se encontraba el jefe del Apostadero, Adolfo Gaffoglio- fueron trasladados a Bahía Ajax, en San Carlos, y los mantuvieron prisioneros hasta el 14 de julio, que fue recién cuando regresaron al continente.

La gran mayoría de los protagonistas del conflicto, y en mayor medida quienes estuvieron en posiciones alejadas de la localidad y sufrieron más fuertemente los problemas logísticos, regresaban a sus hogares con varios kilos menos, e incluso existieron varios casos de desnutrición. (Cf. Ceballos y Buroni, 1992) Reconocerse en ese cuerpo era difícil; el enfrentamiento con el espejo ante un cuerpo que no parecía el propio fue uno de los primeros indicios que la guerra no sería una huella fácil de borrar.

También en el Bahía Paraíso muchos comenzaron a reencontrarse y a disfrutar de aquellas delicias bien argentinas que habían añorado por un tiempo bien prolongado: “Me acuerdo cuando llegamos al barco nos daban un huevo duro y un sándwich de milanesa. Yo pasé dos veces, después cenamos”. (RP, 26/11/2007)

Al momento de distribuir facilidades y comodidades, las diferencias producto de las jerarquías militares así como también de los mecanismos informales -como los lazos de amistad o compañerismo- siguieron rigiendo al igual que en la guerra y eran los condicionantes para conseguir algún beneficio extra, como un camarote para dormir o ropa de más, o, lo que era aún máspreciado, la posibilidad de comunicarse con sus familias por radio luego de semanas que no tenían noticias de ellos. Quienes principalmente tuvieron esa posibilidad fueron los oficiales, como Roberto Coccia que logró comunicarse con su suegro. Pero también otros tripulantes, como el conscripto Julio Casas Parera, casi lograron el mismo cometido: “Y yo conocía a uno de ahí, del Bahía Paraíso [...] compañero mío de instrucción, allá en Puerto Belgrano, y me iba hacer hablar por radio a casa. Pero se suspendió porque alguien que había hablado antes, había dado mucha información, y se cortaron las comunicaciones.”(JCP, 01/12/2007)

Este es uno de los primeros indicios que encontramos del silencio que se impondría sobre la guerra. Nos podemos preguntar qué información extra o controvertida puede haber dado una persona que estaba regresando a su casa después del paso de una guerra, y menos que esa información haya sido la excusa para interrumpir las comunicaciones entre quienes estaban regresando y sus familias, que, por ejemplo, como es el caso de Julio, hacía 20 días como mínimo que no tenían noticias de él y no sabían si estaba vivo o muerto.

Finalmente, el 20 de junio desembarcaron en Punta Quilla, un pequeño puerto en Santa Cruz. Luego fueron trasladados a un galpón donde les dieron de comer, e inmediatamente tomaron el avión de regreso a sus hogares.

El primer destino fue la base aérea Espora en Bahía Blanca, donde aterrizaron a la tarde. A partir de ahí comenzó un largo periplo de varias horas hasta que por fin pudieron reencontrarse con sus familias:

Llegamos a Espora, nos bajaron, nos hicieron esperar, en Espora, se hizo oscuro y nos llevaron a Campo Sarmiento, ahí nos tuvieron ¿para qué? A escondidas como todo el mundo, si nos escondieron a todos, y allá nos tuvieron como no sé hasta qué hora de la noche, mis viejos estaban esperando afuera, porque sabían que llegábamos. (RC, 04/08/2007)

Después de varias horas de espera, en colectivos de marina “para que no nos escapemos” evoca amargamente Ramón Romero (22/06/2007), los trasladaron de Espora a la Base Naval Puerto Belgrano. En vez de dejarlos inmediatamente libres para poder ver a sus familias que los estaban esperando afuera de la Base, a las cuales algunos no veían hacía 84 días, los encerraron en uno de los galpones de Campo Sarmiento. Sin ningún tipo de recibimiento, allí adentro, la Armada, representada por oficiales de inteligencia, dio el golpe de gracia:

Nos llevaron a Campo Sarmiento, que era en Puerto Belgrano, un galpón enorme, y nos sentaron a todos en el piso alrededor del galpón. Y en el galpón así en el medio, había como... como mesitas, así, como de escuela, pupitres, así, con dos sillas, con un militar de inteligencia. Y te sentaban a vos adelante, el tipo escribía, te tomaban declaración de todo lo que habías hecho, de qué habías visto, qué opinabas. Después te terminaban de tomar declaración, firmabas la hoja, y decían “de esto, no se habla con nadie, esto se tiene que olvidar, recuerden que tienen familia”. Una amenaza, viste, como que te podía pasar algo si hablabas de eso, “no se habla con la prensa ni con la familia, ni con nadie.” (RR, 22/06/2007).

Como explica Ramón, inmediatamente finalizada la guerra, la Junta Militar intentó refugiar la derrota bajo un manto de silencio, por eso los escondieron, los “hicieron entrar de noche y por la puerta de atrás” o directamente los amenazaron para que no hablaran de sus experiencias, como denuncian continuamente los protagonistas.

El deber de silencio que el gobierno militar intentó imponer a quienes habían participado del conflicto, escondía la intencionalidad de evitar un descrédito aún mayor de las fuerzas en un contexto de fuerte crisis de la dictadura. A la pérdida de legitimidad por la crisis económica, social y política en que estaba ahogado el régimen militar (Cf. Novaro y Palermo, 2003), se sumaba ahora una doble desacreditación: por el sólo hecho de haber sufrido una derrota y, además, por la pésima planificación y organización estratégica y logística de la guerra. Las palabras que le dijeron a Ricardo Rodríguez son suficientemente

elocuentes al respecto: “sabemos que no comían bien, sabemos... pero de eso no se habla’.”(Ricardo Rodríguez (RiR), 27/11/2007)

El mandato de silencio no distinguió jerarquías; pero sí según los rangos militares fueron diferentes las formas de imponerlo. El cabo Ramón Romero directamente fue amenazado para instarlo a callar; en cambio el oficial Hugo Peratta, que también estuvo dos o tres horas declarando, no recibió ningún tipo de advertencia explícita:

H: Yo, por disciplina en ese momento le contaba al que le tenía que contar, no a cualquiera que me pregunta “che, qué paso?” “no, pará, lo que yo se es muy importante”

E: Pero no te lo dijeron, ¿el almirante que te tomó la declaración a vos te dijo “de esto no hablés”?

H: No, el tipo sabe [que no debe hablar], o un suboficial tampoco. (Hugo Peratta, 19/10/2007)

No era necesaria una advertencia explícita, ya eran condiciones sabidas por quienes hacía años formaban parte de la fuerza.

Tanto Abel Mejías como Daniel Blanco –cabos en el conflicto, y actualmente suboficiales en actividad– tampoco recuerdan –o dicen no recordar– el pedido explícito de silencio, y se manifiestan reticentes a hablar de estos temas. Abel, como Hugo, dice: “No me acuerdo... sí hubo como, diríamos algo, como que quedaba algo interno, la ropa sucia se lava en casa” (AM, 17/11/2007). En cambio ante la pregunta sobre el pedido de silencio, Daniel manifiesta directamente no recordarlo: “Lo que pasa es que te autobloqueás” (DB, 26/12/2007). El temor de quienes actualmente continúan integrando la fuerza, inhibe recuerdos, o tal vez, inhibe la palabra: el deber de silencio sigue funcionando y ejerciendo todo su poder en el presente.

Días previos habían llegado a la Base quienes se habían escapado en el buque hospital Almirante Irizar. Tres días los retuvieron allí, sin poder salir ni comunicarse con nadie, con la continua “recomendación” que no hablaran de sus experiencias. Pero la forma en que intentaron imponer silencio fue diferente:

Estábamos también todos encerrados así en un cuadrado ahí, había unos curas que nos hablaban, curas militares [...] y nos hablaban de lo que habíamos vivido que teníamos que tratar de superarlo y que no teníamos que decir nada, por la tranquilidad de la sociedad y de la familia, para que nadie... esas cosas así. O sea, no me acuerdo bien palabra por palabra, pero elegantemente era una manera de decir que no teníamos que contar nada de lo que habíamos vivido, elegantemente era así, y nosotros “sí, sí, sí”. (JB, 3/10/2007)

Apelar a las creencias religiosas para imponer silencio fue otro de los medios que utilizó la Armada para hacerlos callar. Pero además aquí encontramos una estrategia

discursiva que intentaba exculpar a la Armada: los capellanes manifestaban que pedían silencio por la tranquilidad de la sociedad y sus familias, no para beneficiar a la institución. La responsabilidad del silencio pasaba así a manos de la sociedad; con esta estrategia, la Armada salía impune.

El segundo destino en el viaje de regreso el 20 de junio fue la base aérea en Ezeiza. Luego de una pequeña recepción de un contraalmirante en el aeropuerto, los protagonistas ingresaron a un salón, y a partir de aquí la situación fue prácticamente idéntica a la vivida en Puerto Belgrano, como una sucesión de escenas de una obra bien ensayada. También aquí los obligaron a firmar una declaración jurada, comprometiéndolos a no hablar. También aquí tuvieron una charla con integrantes de inteligencia para imponer silencio:

Un oficial de inteligencia nos dio una charla y nos recomendó que habláramos todo el tema con la familia, y el círculo más íntimo de gente, porque había mucha animosidad. Dicen “me consta que habían tirado a un conscripto de un tren de la bronca por haber perdido, habían tirado un conscripto de un tren, no sé si es cierto pero dicen que...”. El tipo manifestó eso, de inteligencia, que bueno, que cualquier cosa que quisiéramos aportar que todo servía, todo era experiencia, que ellos estaban ahí a disposición, para que fueran con oficiales a charlar del tema. (JCP, 01/12/2007)

En la experiencia de Julio encontramos otra estrategia utilizada para imponer silencio pero con el mismo fin que la anterior: desde el discurso les indicaban que no era que la Armada quería por alguna razón en particular que no hablaran del conflicto, sino que era por el bien de ellos que les pedían silencio, ya que la sociedad argentina, típicamente triunfalista, ante la derrota, podía agredirlos. Nuevamente la responsabilidad por el silencio se trasladaba a la sociedad. Otra vez, la Armada salía intacta con esta maniobra.

Otro de los que estaban en la charla de los oficiales de inteligencia, Claudio Guida, describe la misma prácticamente en los mismos términos que Julio, aunque sin hacer referencia a la situación del conscripto que arrojaron del tren, pero la interpreta –y la interpretó en su momento– de forma claramente diferente:

Nos hicieron firmar. La charla terminó mal, porque el Loco Luna, este pibe, yo y otros dos más, pero “¿vos qué hablás?”, eran dos oficiales de inteligencia naval, vestidos muy, este, limpios ellos con camisa celeste: “No, no hablemos...”, “¿y vos qué hablas, si vos no estuviste?” “¿y vos a quién..?” “¿y vos quién sos para hablar, si vos no estuviste conmigo?”. Se armó medio un... un conffronte mal que los tipos se terminan yendo. (CG, 29/11/2007)

Los conflictos que se produjeron tuvieron como base la interpelación de la autoridad de los locutores para hablar. La pregunta era clara: ¿qué legitimidad tenían aquellos que no

estuvieron en la guerra para pedirles silencio? Para los protagonistas, ninguna. El conflicto se dio por terminado cuando el personal de inteligencia optó por retirarse.

Finalmente, luego de la charla de los oficiales de inteligencia, del pago de un viático y de darles algo para comer, a medianoche fueron liberados. Por fin pudieron regresar a sus hogares y reencontrarse con sus familias.

Conclusiones

A partir del regreso los recién llegados tuvieron que comenzar a combatir nuevas y diferentes guerras. Desde el mismo momento en que volvieron a pisar el continente, comenzaron a luchar contra el silencio en que se intentó refugiar el conflicto y, con él, sus experiencias: “Yo siempre digo que ahí [durante la recepción en la Base Naval] empezó la desmalvinización, ahí nos empezaron a hacer sentir, nos hicieron sentir vergüenza de ser veteranos de guerra, y es uno de los motivos que nos llevó 20 años de poder empezar a hablar de esto. [...] Te sentís culpable de la derrota.” (RR, 22/06/ 2007).

El silencio enfrentado por los integrantes del Apostadero fue aún más denso que el enfrentado por otros protagonistas. Al silencio general sobre el conflicto de los gobiernos de posguerra –no sólo el militar, sino también los democráticos- y de diversos actores sociales, se sumó el silencio de las FFAA que a 27 años de la guerra todavía no reconocen las experiencias de los integrantes de la unidad, cuya historia no se encuentra en las efemérides navales, ni su relato tiene relevancia en los actos institucionales.

Esto se puede deber a que al elegir las experiencias a hacer públicas, la Armada seleccionó y selecciona aquellas que mayor impacto puedan tener en la sociedad argentina. Así, aquellas guerras vividas en los frentes de batalla o aquellas que sufrieron una gran cantidad de muertes, se revelan como las más apropiadas por lo movilizadoras e impactantes. En cambio, la guerra en el Apostadero, una guerra logística vivida en la localidad, lejos de los combates –característica que identifica una experiencia bélica en el imaginario colectivo– no parece cumplir con esos requisitos según las lentes de las FFAA.

Muchos de los combatientes de estas nuevas guerras contra el silencio no soportaron la presión, no pudieron mantenerse en pie y terminaron sucumbiendo a la derrota⁸. Los silencios impuestos en la posguerra -la imposibilidad de la palabra- fueron y son silencios que matan.

⁸ No existen cifras oficiales, pero se calcula que hasta el presente se suicidaron en la posguerra 400 veteranos (cifra que supera a los caídos en las islas), y entre ellos, por lo menos un integrante del Apostadero, el conscripto Ignacio Bazán, que se suicidó en el 2006.

Bibliografía

- Balza, M. (2003), *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida.
- Ceballos, E. y Buroni, J. (1992), *La medicina en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- Desembarco* (1995), “La agrupación de Infantería de Marina Malvinas –AGRUIMVINAS. Gesta Malvinas 1982”, Separata N° 14, Año XXXIX, N° 155, Agosto.
- Guber, R. (2001), *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, F.C.E.
- Guber, R. (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Ed. Antropofagia
- Hynes, S. (1999), “Personal narratives and commemoration”. En: Winter, J. y Sivan, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- Informe Rattenbach. Investigación confidencial sobre la conducción política y estratégico-militar de las Fuerzas Armadas Argentinas en la Guerra de Malvinas* (2000), Buenos Aires, Ediciones fin de siglo.
- Jofre, O. y Aguiar, F. R. (1987), *Malvinas. La defensa de Puerto Argentino*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Lorenz, F. (2006), *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa
- Lorenz, F. (2007), “La necesidad de Malvinas”. En: *Puentes*, “A 25 años de la Guerra de Malvinas. Verdad, Justicia y soberanía”, año 7, núm. 20.
- Mayorga, H. y Errecaborde, J. (1998), *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta (Informe complementario al anterior)
- Moro, R. (1985), *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Editorial Pleamar.
- Novaro, V., y Palermo, M. (2003), *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires, PAIDOS.
- Robacio, C. y Hernández, J. (1996), *Desde el frente. Batallón de infantería de marina N°5*, Buenos Aires, Solaris.
- Rodríguez, A. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur*, Tesina de Licenciatura, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.